



Diego Catalán Menéndez-Pidal In memoriam

La repentina desaparición de Diego Catalán (1928–2008), el 9 de abril del pasado año, ha dejado a la Filología española sin el que era hasta ahora su más excelso representante vivo. Hijo del físico Miguel Catalán, que hoy da nombre a un instituto del CSIC, y de Jimena Menéndez Pidal, fundadora del colegio Estudio, Diego Catalán tuvo el privilegio de nacer en una familia excepcional. Discípulo de Rafael Lapesa, pudo disfrutar también del magisterio de su abuelo, Ramón Menéndez Pidal, del que recibió las líneas de investigación que ocuparon su actividad durante cerca de sesenta años: la historia de la lengua y la dialectología, la literatura de transmisión oral –la épica y el romancero– y la historiografía medieval, campos en los que produjo una obra ingente, única por su originalidad y de valor extraordinario. Heredero de ese proyecto de investigación, Diego supo continuar el legado, renovarlo y convertirlo en un modelo de los resultados que el esfuerzo continuado de una familia de científicos e intelectuales, a lo largo de más de un siglo, puede ofrecer.

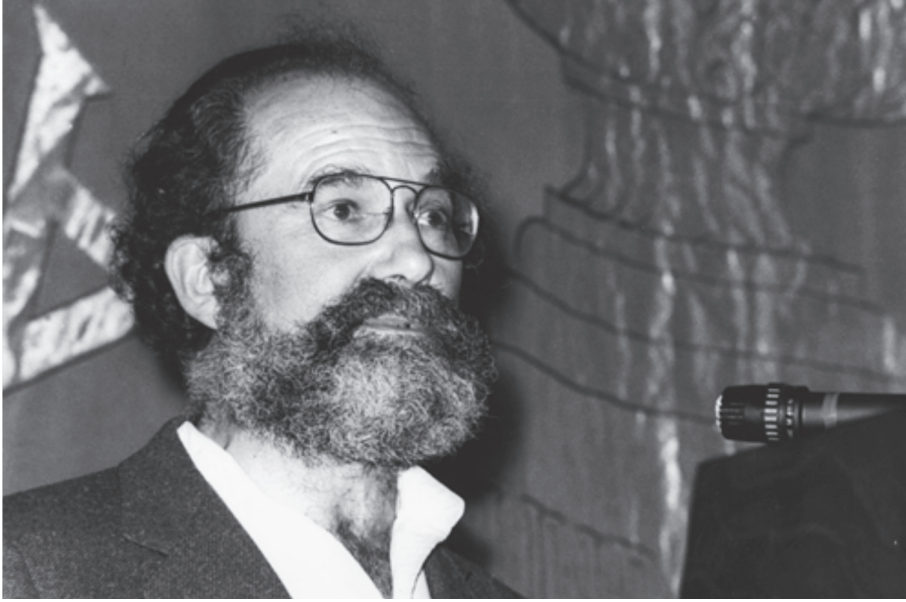
En el terreno de la historia de la lengua y la dialectología, Catalán realizó aportaciones de primer nivel. Desde el punto de vista teórico, fue el primero en incorporar el estructuralismo al análisis de datos dialectales. A él se debe un conjunto de estudios clásicos sobre el asturiano (hoy reunidos en el libro *Las lenguas circunvecinas del castellano*, 1989), que ayudaron a trazar mejor los límites lingüísticos que acotan las diversas áreas, occidental, central y oriental, como son los dedicados al límite de conservación de la *F-*, la metafonía, la diptongación y, sobre todo, el dedicado al asturiano occidental. Su propuesta de división del asturiano occidental en cuatro zonas, a partir de los sistemas consonánticos, ha sido generalmente aceptada. No menos relevante son sus estudios sobre el origen de la fonética meridional (reeditados en el libro *El español. Orígenes de su diversidad*, 1989). Aparte de proponer la división del español en dos grandes normas, la atlántica, que agrupa la Andalucía occidental, Canarias y América, y la peninsular, su aportación más importante es la que dedicó a la estructura silábica del español, y que a día de hoy es el único artículo que trata de forma global y estructurada (y hasta el momento no superada) la relajación, debilitación y pérdida de consonantes en coda silábica en la mitad meridional de España (–s, –θ, –r, –l). A Catalán debemos también la edición de la monumental *Historia de la lengua española* (2005) que Menéndez Pidal dejó incompleta a su muerte y un libro esencial para la historia de la filología española del siglo pasado: *Lingüística íbero-románica* (1974), en el que se hace una valoración crítica de los estudios



sobre todas las lenguas romances peninsulares hasta 1970 y que antes mereció ser publicado en la prestigiosa serie “Current Trends in Linguistics” (1972).

A partir de mediados de los años 70, Diego Catalán concentró su interés en las que ya eran sus dos grandes áreas de investigación y en las que se mantendría constante hasta el final de su vida: la historiografía medieval y el romancero. La cantidad y calidad de sus trabajos sobre la historiografía medieval hispánica es tal que no es fácil compendiarlas. En general, toda su investigación parte del principio de no confundir texto con testimonio, principio que sus trabajos han contribuido a difundir de forma modélica. Así pudo desenmarañar tradiciones textuales complejísimas que le permitieron demostrar qué y qué no pertenecía a ciertas obras ya conocidas, al tiempo que identificaba otras hasta entonces desconocidas. En *La tradición manuscrita en la ‘Crónica de Alfonso XI’* (1974) pudo probar la existencia de dos versiones de la *Crónica de Alfonso XI*, la primera y una refundida, la *Gran crónica*, que editó (1977) en la colección “Fuentes cronísticas de la Historia de España” del Instituto Universitario Seminario Menéndez Pidal, que dirigió durante décadas. En esa misma serie publicó la edición y el estudio de la *Crónica de Rasis*, traducción de la obra del historiador hispanoárabe o al-Rāzī (1975), de la *Crónica de 1344* (1971) y dos libros imprescindibles para entender la obra fundacional de toda la historiografía medieval hispánica, la *Estoria de España* de Alfonso X, y los textos de ella derivados en los siglos XIII, XIV y XV. Se trata de *La Estoria de España de Alfonso X. Creación y evolución* (1992) (colección organizada de todos sus artículos previos sobre el tema) y *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí* (1997), libros que revelan cómo se compuso la *Estoria de España*, cómo vivió en la tradición manuscrita, y cómo, ya en época de Sancho IV, comenzó a refundirse y transformarse al tiempo que se convirtió en la base de la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel, de la *Crónica de 1344* de Pedro de Barcelos y de otras muchas composiciones historiográficas del siglo XV. Pero su contribución no ha sido menor en el campo de la historiografía medieval del reino de Aragón. Su libro monumental “*Rodericus*” *romanizado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra*, que terminó tras la jubilación (2005), transforma de forma radical el panorama crítico sobre textos como la *Crónica real de Pedro IV* (o *Crónica de San Juan de la Peña*) y sus diversas versiones.

La literatura de transmisión oral (la épica y el romancero) fue el otro gran eje sobre el que giró su vocación investigadora. El Archivo del Romancero, que le legó su abuelo y que tanto contribuyó a enriquecer, depositado en la antigua casa familiar del olivar de Chamartín, es hoy el fondo universal más completo de esa literatura de transmisión oral. Comprende tanto el romancero antiguo (documentado en los siglos XV-XVII) como el que se ha desarrollado como género autónomo en los últimos siglos hasta el momento actual: el romancero



tradicional moderno, división que Diego Catalán supo argumentar y establecer. En el Archivo se conservan versiones escritas recolectadas desde el siglo XIX y versiones sonoras recogidas a finales del siglo XX (muchas debidas a las campañas de encuesta organizadas por él), y procedentes de todas las áreas romances hispánicas (gallego y portugués, castellano, catalán, judeo-español). Diego Catalán contribuyó a generalizar la concepción del romancero tradicional moderno como un género literario autónomo, con su propia poética y valor literario, distanciándose de la concepción arqueológica que veía su interés fundamental en ser poesía transmitida de tiempos pasados y que, como tal, podía ser testimonio actual de antiguos hechos históricos o literarios (véanse sus trabajos reunidos en *Por campos del romancero*, 1970, y en *Arte poética del romancero oral*, 1997-1998). Así definió la poética del género como una estructura tradicional abierta, frente a otras modalidades de literatura de transmisión oral, y desarrolló un modelo dinámico de análisis de cada texto romancístico (que se teoriza y pone en práctica en el *Catálogo general del romancero* (1984-1988) aplicado a 80 temas). Muchos de sus estudios sobre romances particulares demuestran, al tiempo, la historicidad de muchos detalles y aspectos esenciales de la fábula de los romances tradicionales: el hecho de que el romancero sea una estructura tradicional abierta que se adapta en el curso de su transmisión al medio que la reproduce no implica, por otra parte, que no pueda conservar aspectos del núcleo semántico que la hizo



nacer como objeto literario e histórico (a modo de ejemplo, véase *Siete siglos de romancero*, 1969). Como en la historiografía, la actividad de Diego Catalán no se limitó al estudio del género sino que también dedicó sus fuerzas a la edición de romances. Desde el Instituto Universitario Seminario Menéndez Pidal promovió la publicación de la colección “Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas” y la de varias colecciones regionales. También gracias a su labor editorial podemos leer hoy textos perdidos o inéditos de Menéndez Pidal como *Reliquias de la poesía épica española* (1980) o la *Historia de la épica española* (1992).

Aunque fue catedrático de las Universidades de La Laguna (1954-64) y Autónoma de Madrid (1981-98), gran parte de su trayectoria académica transcurrió en Estados Unidos (Wisconsin, California-Berkeley y California-San Diego), donde fue elegido miembro de la American Academy of Arts & Sciences (1978), honor que entonces sólo compartía con otro español, José Antonio Maravall. Radicalmente independiente, en España rehuyó con toda consciencia honores y cónclaves académicos para dedicarse por entero a la investigación. Admirados, pudimos asistir después de su jubilación al alumbramiento de libros que, como todos los suyos, revolucionan de forma copernicana el estado de la cuestión. De ellos destacaré como pieza magistral y accesible a públicos no especializados, *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación* (2000), quizá el mejor de sus libros, en el se reúnen, con resultados asombrosos, todos los conocimientos adquiridos a lo largo de más de cincuenta años de investigación sobre la transmisión de dos tipos de textos: la historiografía y la poesía tradicional oral.

En los últimos años, desde la Fundación Ramón Menéndez Pidal, Diego luchó infructuosamente para que la que fue casa de Menéndez Pidal en el olivar de Chamartín no dejara de ser el hogar del Archivo del Romancero, para que esos fondos se conservasen vinculados a la memoria del proyecto científico que los hizo nacer, para que fueran la piedra sobre la que basculase un centro de investigación. De ese impulso nació el libro *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad* (2001), libro que nos cuenta, a través de las vicisitudes y progresos de un proyecto de investigación continuado y renovado, y a través de los avatares de las personas que sucesivamente formaron parte de él, un siglo de la historia de España.

Recuerdo a Diego como quizá lo recuerden muchos otros de los que tuvimos la fortuna de colaborar con él, lo recuerdo sentado en la cocina de un pueblo de la montaña leonesa, entrevistando a una transmisora de la tradición oral, lo recuerdo en el jardín del olivar y entre las paredes de la casa de Chamartín, lo recuerdo en el aula universitaria. Con su estatura de dios heleno y su barba de Poseidón, Diego era sabio y genial, pero también un hombre carismático de energía inagotable que supo formar, bien que a su pesar, una escuela. Aunque



Diego Catalán, de niño, con su abuelo D. Ramón Menéndez Pidal

afirmaba que “No reconozco a nadie como discípulo mío. No soy un cristiano de la Ciencia filológica. Como los beduinos, siembro de paso y levanto mi tienda”, lo cierto es que supo enseñar mucho y a muchos. Lo cierto es que supo enseñar con el ejemplo.

Inés FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ
De la Real Academia Española